

Así Era Cuzco



A ti la desgracia, sagrada ciudad de Príamo!» Déjame, oh Cuzco, que yo cante también tu desdicha con virgiliana lira y que temple mi prosario, asomado ahora al balcón de tus cuitas, como antaño ensalcé anonadado tu magnificencia. Porque tu nombre, ¡oh Cuzco!, era estrofa en mis recuerdos, y estrofa es lo que vuelve, y yo vuelvo a ti en la hora de tus lágrimas.

«¡Oh gran ciudad, yo te saludo!» Así te dije yo un día, no muy próximo, cuando, otro español en América, peregrinaba por el altiplano huraño admirando proezas de los míos. Como te saludaron tus antiguos, te saludé yo entonces. Llegué muy cerca del árbol de los adioses, y allí, junto a tus puertas, me hincé de rodillas, y de mis labios salieron palabras de siglos. «¡Oh gran ciudad, yo te saludo!» La misma frase que yo oí de los indios, la misma también que oyó Cieza, el historiador, quien nos dejó dicho: «...yo me acuerdo haber visto por mis ojos a indios viejos, estando a la vista del Cuzco, mirar contra la ciudad y lanzar un alarido grande, el cual se les convertía en lágrimas salidas de tristeza, contemplando el tiempo

presente y acordándose del pasado, donde en aquella ciudad por tantos años tuvieron señores de sus naturales...» Desventuras que también presencié el inca Garcilaso de la Vega, hijo de un capitán español y de una princesa incaica, cuando, mocito de dieciséis años, veía llorar a sus parientes de la sangre real del Perú, sentados a las puertas de sus casas, en el Cuzco, las pesadumbres de su linaje.

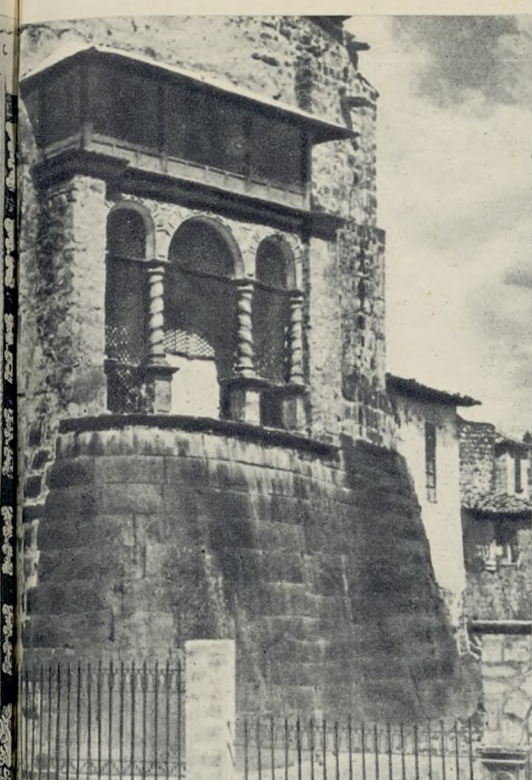
Mi saludo en horas de dicha vuelve hoy con el acíbar del dolor y del sufrimiento. «¡A ti la desgracia, sagrada ciudad de Cuzco!» Y déjame también hoy entre los tuyos cantar con el poeta:

¡Cuna de mis mayores, amada cuna mía!

¡Cuzco mío! ¿Qué te han hecho ahora con tantos temblores? ¿Por qué esos espasmos, que han afeado la tersura de tus bellos edificios? ¿Acaso Madre Tierra no quiere soportar ya la momia petrificada de una civilización que los tuyos embal-



A la izquierda: Iglesia de la Compañía. Arriba: Pintura de la escuela cuzqueña. Abajo: La Catedral, principal joya arquitectónica del arte virreinal.



Arriba: Abside de Santo Domingo, antiguo templo inca dedicado al Sol. A la derecha: Dos indios de El Cuzco, con poncho y montera, tocando el «pututo».



Balcones de madera pintada dan alegre nota popular a la austera Plaza de las Armas.



samaron con siglos a 3.500 metros de altura? ¿O son los espíritus de tus vírgenes, doncellas del Sol y del Inca, que vuelven por los fueros de su antigua grandeza? Quizá tus antiguos señores, temidos y temibles, hayan abandonado sus tianas de oro en el templo del Sol y anden danzando por aquel recinto, acotado sólo para el Inca y los sacerdotes. ¿No era la persona del Inca visible sólo en determinadas ocasiones? ¿No lo contemplaban tus súbditos únicamente en esta plaza de nombre poético, «andén del llanto»? Que uno historió: «Y de esta manera eran tan temidos los reyes, que si salían por el reino y permitían alzar algún paño de los que iban en las andas, para dejarse ver de sus vasallos, alzaban tan gran alarido, que hacían caer de lo alto a las aves que iban volando, a ser tomadas a mano...»

¿Qué te han hecho, Cuzco mío? ¿Acaso Manco Capac ha lanzado de nuevo sobre ti su barra de oro? No, que yo sé—me lo contaron una noche entre relámpagos y truenos sobre las aguas azules del Titicaca—que Manco Capac surgió de ese lago, el más alto, porque allí terminaba el mundo, pero con misión de paz. Su arma era, en efecto, una barra de oro, para la labranza, que no para el combate. Rey e hijo de dioses, moralizador y renovador de hombres, iba acompañado de su mujer, Mama Ollco, tejedora y maestra en artes domésticas. La barra se hundió en el Huanacaure, tierra negra, con horizonte y con luz. A los pies de la montaña estaba una ciudad. ¡Porque tú ya existías, Cuzco mío! Con arquitectura de cumbres hicieron tus moradas. El Sencca, el Pachatusán, el Huanacaure, el Picol. Y más arriba, el Ausangate y el Salcantay. Montañas con nombres de leyenda y de historia. Y así fuiste, Cuzco mío, por razón de la geografía, de la historia y de la supervivencia del mito, el centro vivo del paisaje. Tú ya existías hacía mucho tiempo. Que te hizo Wiracocha, el creador del orbe andino, el que, para los ayamarás, creó la tierra, el sol y la luna, cuando no había lumbre ni día, «el que destruyó

la humanidad que había formado para que habitara el mundo oscuro y la convirtió en piedra; luego creó el sol, la luna y los astros, y formó otra humanidad que poblara la tierra iluminada. Era alto de cuerpo y tenía una vestidura blanca, que le daba hasta los pies, y esta vestidura traía ceñida; el cabello corto y una corona hecha en la cabeza, a manera de sacerdote. Y fué caminando por las altas cimas de la cordillera, desde el lago hacia el norte. Iba llamando a voces y levantando los brazos, y los hombres aparecían de las cuevas y precipicios, hasta que llegó al Cuzco, donde, llegado, dicen que hizo un señor, al cual puso por nombre Alcavisa, y puso nombre asimismo a ese sitio, donde ese Señor hizo Cuzco; y dejando orden cómo después que él pasase produjese los orejones, se partió adelante haciendo su obra...» Y allí te quedaste tú, Cuzco mío, en el altiplano. Meseta sin límites, monótona y sola. Ocre el terreno, ocre los pueblos de barro, ocre la piel de tus hijos. El altiplano, huracán y esquivo, donde la tristeza se hizo piedra y la piedra se tornó en tristeza. «Leguas y leguas de extensión árida, en la que no crecen otras plantas que la paja brava y el silencio. Sopla sobre ella un viento de hielo, que baja de las altas cumbres, cuyas moles, arrebujadas en la distancia, se yerguen al borde de la meseta lunar, inaccesibles, eternas, visitadas en su altura sólo por el tiempo.»

En aquel mundo exánime y maldito, tú, Cuzco mío, fuiste un oasis. Cerca estaba Machu-Picchu, donde los incas se detenían para adorar a la Luna, encerrada en el imponente santuario, servido sólo por mujeres. Enfrente, sobre las cumbres del Huainapicchu, la fortaleza que protegía el santuario, defendida sólo por hombres. Más abajo, Arequipa, la ciudad blanca, con el humo amenazador de sus volcanes, que aun no se apagaron. Luego estabas tú, Cuzco mío, con tus templos del Sol, de la Luna, de las Estrellas y del Rayo, con terrazas adornadas de jardines artificiales

de oro y plata. Láminas de oro cubrían las paredes y las cornisas del templo del Sol, y sentadas en tianas de oro, las momias de tus incas formaban dos filas frente a la imagen del dios, representado por una plancha lúcida y maciza de oro. Enfrente, la residencia de las vírgenes escogidas de la nobleza imperial, que servían al Sol y al inca. Palacios, templos y plazas. Eso fuiste tú, Cuzco, en la época de tu imperio. Morada de incas y, por privilegio, sede de la nobleza. Sin barrios ni casas para la gente común. Así te hizo «el renovador del mundo», «el de la piedra gigante», el que puso orden y concierto en aquella desordenada cadena de pueblos de adobes y de paja. Así te contempló aquel inca, mocito de dieciséis años, hijo de un capitán español y de una princesa incaica, que te llamaba «Cuzco, centro, ombligo del mundo». Así también los viajeros, que, de rodillas ante tus puertas, te decían: «¡Oh gran ciudad, yo te saludo!»

Un día también, Cuzco mío, viste a mis mayores. Eran sólo ciento ochenta; unos a caballo y los otros a pie. Venían los españoles de Cajamarca, pasaron por la cordillera, bajaron a la costa y volvieron a subir a los caminos de la altura. Los tuyos los miraron atónitos. Nada detenía a los míos. Ni la intemperie temible y desesperante de los llanos helados, ni el cauce de los ríos profundos, ni la altura de las montañas, ni las flechas de tus nativos. Con fe y tenacidad implacables repitieron una vez más la aventura. «A golpes derribaron el ídolo de Pachacamac, animador del mundo según la creencia de los millones de hombres que poblaban el Tahuantinsuyo; contemplaron desde una abra, sin aparente sorpresa, la capital del Imperio, su gris e imponente estructura de ciudad labrada en siglos por manos reverentes, y entraron en ella al trote, como quien toma posesión de lo que es suyo.» «Era tanta la gente que venía a vernos en el Cuzco—cuenta Pedro Pizarro—, que los campos



A la izquierda: Fachada y cúpula de la iglesia del Triunfo. Abajo: Sillería del coro de la iglesia de la Merced. A la derecha: Púlpito y retablo de la iglesia del Seminario. Verdaderas maravillas cuzqueñas que han sufrido los efectos del terremoto.



estaban cubiertos. Pues entrado que fuimos a la ciudad con el marqués, hizo aposentar toda la gente alrededor de la plaza, aposentándose él en Casana, el palacio de Huayna Capac.»

Y cuatro meses después, el 23 de marzo de 1532, se llevó a cabo la fundación española de la ciudad. En la capital del Imperio se asentó el señorío hispano frente a la estepa fértil en pastos y ganados, grande como un mar y orillada en el lejanísimo confín por los eternos heleros de silencioso resplandor. Por tercera vez nacías a la historia, Cuzco mío. Te hicieron los míos en un afán supremo de superación. Porque fuiste la obra maestra de la colonización peruana. Acaso porque en ningún otro lugar pudieron sentir los míos incitación tan poderosa para su capacidad creadora y su afán misionero. La ciudad sagrada de los Incas era para ellos un reto y una invitación. Había materiales y gente con destreza para infundir en la piedra o en el lienzo, en el ladrillo o en la madera, el soplo artístico del quechua cristianizado. Luego aquel horizonte, con cielo de iluminada hondura y tránsitos de claridades y de sombras camino abierto a la meditación y a la proeza, montañas cargadas de religioso misterio. Así fuiste tú, Cuzco mío, el más importante centro artístico de toda la América del Sur. No como Lima, una ciudad improvisada, sino

asentada sobre los templos y los palacios incaicos en acertadísima conjugación de arquitecturas tan dispares, que hicieron de tí un conjunto urbano único en el mundo. Y así surgió la catedral, que recabó cien años de trabajo, y las iglesias del Triunfo y de Jesús María. Y el templo de la Compañía, el más bello de toda la América del Sur, en piedra dorada y fina para recibir una talla prolija. Y los conventos de Santo Domingo y Santa Clara, y los bellos palacios barrocos, y la Plaza de Armas, con sus soportales, sus abiertos balcones y sus tiendecillas de abarrotes y dulcerías.

Estas piedras, Cuzco mío, que ahora se han resquebrajadas son también nuestras. Entre sus muros nacieron muchos que llevaban mi sangre, hablaban mi lengua y rezaban a mi Dios. Ah, y oyeron, como yo, sobre las desnudas montañas de la cordillera andina, volar al aire frío de la tarde invernal las voces broncas de la «María Angola», la legendaria campana de la catedral latina. Por eso, Cuzco, déjame que yo esté hoy contigo en tu dolor, que es también mío, y cante entre los tuyos con el poeta:

«¡Cuna de mis mayores, amada cuna mía!»

ANTONIO ORTIZ MUÑOZ



A la derecha: Frontispicio de la Universidad de Cuzco, al lado de la Iglesia de la Compañía, en la Plaza de Armas. Abajo: Un detalle de las columnas del templo de San Sebastián, en que se pueden apreciar arabescos y arquitectura.

